

Gustavo Emilio Rosales
Pasos en la azotea
Tiempo libre
S/fecha

Pilar Medina da cuenta de la muerte. *Con tinta de hojas*, su reciente espectáculo, está fundado "en el vivo anhelo de amar lo de antes y abrazar lo incierto".

Memoria y horizonte. La bailarina/bailaora, fabulista y actriz se propone captar la presencia de lo ausente. De nueva cuenta Medina en solitario, nuevamente Pilar acompañada de los ecos de su mitología. Frente a nosotros, expuesta, entrada en madurez, comprometida: su marco es despejado, negro, iluminado con joven maestría por Víctor Zapatero –quien exalta los claroscuros que son el sello corporal de esta solista, les brinda andamios, atmósferas y fantasía definitoria–, realizado en cercana complicidad con el percusionista Luis Miguel Costero, quien habrá de situarse en la gitana raigambre de su estilo.

Cinco pasajes –Voces, Eso, Murmullos, Aliento y Silencios– articulan esta fúnebre marcha. En ellos la danza es diferente y es la misma. Hay una vocación pendular en los diseños, provocadora de una marea hipnótica, sostenida en los puertos que han guardado desde siempre la imagen plural de La Medina: el flamenco y el son, el gesto y el desplante, la alocución y la quietud, el vendaval. En cierto sentido, desde *Bodas del quebranto* (1982), el espectáculo es el mismo: Pilar tejiendo y destejiendo la pasión de su memoria y los vaivenes de su afecto. Veinte años de afortunada fusión para la danza, el zapateado, el recital, el apóstrofe teatral; décadas donde la intérprete cohesionaba el personaje de sí misma.

Con tinta de hojas es el extremo de un acervo estético particular. Su forma se antoja definida desde la necesidad, antes que desde el concepto, y orientada, por lo mismo, con una suerte de imán lírico que determina los pulsos del montaje en configuraciones de poca variación. Parece, de repente, que fuéramos –sus públicos– intrusos en una ceremonia realizada sólo para la percepción de quien la

oficia. Lo que contrasta con tal constante es la corriente rítmica del diseño musical –propuestas de Costero, Handel, Chas, Niña Pastori, Gismonti y un poema de Alberto Blanco entre los elementos constitutivos de esta partitura– y la paleta de tonos que la bailarina logra como actriz: frecuencias del duelo y el recuerdo, el erotismo implícito en casi todo sufrimiento y, por qué no, el humor que proviene de seguir danzando en el valle de lágrimas.

Medina comparte sus historias a través del zapateado, el giro, la contracción, los vuelos de cabellos y de palabras, la terquedad de una agonía y el temple de su sensualidad. *Con tinta de hojas* proviene de este procedimiento y parte de la irremediable certeza de estar vivos de frente a nuestros muertos. Queda, como se hizo en la Sala Xavier Villaurrutia con motivo de este estreno –como sucede, asimismo, en cualquier funeral–, atestiguar el lance real de este artificio, la ficción de su verdad, y ceder nuestra credulidad, nuestra capacidad de asombro, a las constantes que marcan su relato.